

El plumero

Los inicios de la lexicografía médica moderna en lengua española

Bertha M. Gutiérrez Rodilla*

SUÁREZ de RIVERA, F.: *Clave médico-chirúrgica universal y diccionario médico, chirúrgico, anatómico, mineralógico, botánico, zoológico, farmacéutico, químico, histórico-físico*. 3 vols. Madrid: Viuda de Francisco del Hierro; 1730-1731.

Celebrado dicho fué de la Antigüedad, y al presente lo es también de los Modernos, [...] que aquel que quiera saber, y entender, debe primero tener perfecta inteligencia de los nombres, que se usan en la Ciencia Medica, pues son muchos, y varios.

Suárez de Rivera, F.: *Clave médico-chirúrgica... I: 1.*

Aunque ya nos hemos ocupado en otras ocasiones del diccionario de medicina de Francisco Suárez de Rivera (Gutiérrez Rodilla, 1998, 1999), era obligado quitarle el polvo nuevamente, con la ocasión que nos brinda este monográfico dedicado a la lexicografía médica. No podía ser de otro modo, ya que se trata de una de las pocas pruebas —la más importante— que podemos aportar para demostrar los esfuerzos realizados por los médicos españoles del siglo XVIII por alcanzar la modernidad, en lo que a lexicografía se refiere. Entre tales pruebas destacan el proyecto de *Diccionario de Higiene y Economía rural veterinaria* de Joaquín de Villalba, que quedó incompleto y sin publicar; el intento de traducción al castellano, por parte de Manuel Martínez, del conocido *Diccionario médico* de Castelli, compuesto originariamente en latín, y un «Promptuario Alfabético de los terminos más usados en la Physiologia», de 57 páginas, incluido en unas *Lecciones Physiologicas*, de autor anónimo. Pobre panorama si se compara con el francés donde, sólo entre 1740 y 1800, vieron la luz, al menos, 20 diccionarios de medicina, más la traducción francesa del que suele considerarse como el primer diccionario médico moderno, el de Robert James, aunque sólo lo sea en parte, como enseguida veremos.

Suárez concibió y desarrolló la idea de confeccionar su diccionario en el primer tercio del siglo ilustrado, antes de que apareciera publicada la obra del doctor James, pero antes también de que se desarrollara la moda lexicográfica en el país vecino. Lamentablemente, el repertorio quedó truncado, puesto que, a pesar de contar con tres volúmenes, que suman en total 1410 páginas, concluye en la letra C. Se desvanecía así la posibilidad de convertirse en el autor de ese primer diccionario médico de la modernidad, entendiendo como tal el compuesto en una lengua diferente de la latina;

con definiciones más o menos extensas y no simples equivalentes de los términos, al estilo de los *glosarios*; y que tales definiciones las hubiera elaborado el autor y no fueran el mero resultado de unir «retales» o fragmentos de textos anteriores, puestos uno detrás de otro según el orden alfabético (Gutiérrez Rodilla, 1999, p. 24). Desconocemos la razón de que no concluyera el diccionario: puede ser que le asustara lo desmedido de la empresa que se había marcado; o quizá esos tres primeros volúmenes que consiguió acabar no contaron con un excesivo éxito de público, y el editor, o el autor, o ambos, decidieran no seguir adelante... Tal vez comprendiera que dedicarse en solitario a llevar a cabo un diccionario, por más que se tratara de una idea absolutamente original, cuya realización le hubiera hecho pasar mercedamente a la posteridad, podía ser trabajo de muchos años en los que no podría hacer crujir las prensas, él, tan proclive a escribir y publicar —alrededor de 50 volúmenes, en treinta y cuatro años es el balance total de su obra—.

En cuanto a la razón que parece le animó a convertirse en pionero de la lexicografía médica moderna, debió de ser —según sus propias palabras en el prohemio de la obra— su preocupación por el buen conocimiento del significado de los términos que se usan en medicina. Algo, que le valió el siguiente juicio de Antonio Hernández Morejón, poco sospechoso de ser admirador suyo, a juzgar por los ácidos comentarios que le dedicó en otras ocasiones:

El pensamiento de Rivera al escribir esta obra fué gigante; [...] Rivera conoció que una obra de esta naturaleza era en extremo útil y necesaria; pero desvanecida su cabeza con la aglomeración de materias de que se propuso tratar, no pudo dar á su diccionario, ni toda la estension que requería, ni toda la multitud de materias que intentó; [...] Adornó esta obra con un gran número de láminas perfectamente grabadas, las cuales representan otras tantas plantas y flores. Ciertamente hubiera llegado á ser de mucho mérito, en el caso de haberla podido concluir [VI, 407-408]

Su preocupación por el lenguaje especializado no era aparente y momentánea, sino que se manifestó también en otros de sus trabajos. Así, en su *Clave botánica o Medicina botánica...*, reflexiona sobre la gran cantidad de denominaciones de especies botánicas existentes, lo que le lleva a proponer una nomenclatura en la que sólo se diera nombre a los géneros, para luego utilizar un sistema de signos característicos que evitaran la confusión. Es una propuesta que entronca con lo que se estaba viviendo en esos momentos en otros lugares de

* Departamento de Historia de la Ciencia, Universidad de Salamanca (España). Dirección para correspondencia: bertha@usal.es.

Europa, cuyo máximo exponente sería la publicación poco después de algunas de las obras de Linneo, claves en la historia de la nomenclatura biológica. Sería ésta una cara más de la polifacética personalidad de Francisco Suárez, personaje, cuya mejor caracterización es la contradicción, el contraste: eminentemente galénico por su formación en el estudio salmantino, recibió un baño renovador durante su estancia en Sevilla, donde mantuvo gran relación con médicos innovadores, sobre todo, los de la Regia Sociedad de Medicina, de la que fue miembro. En un siglo como el XVIII, en el que es patente la confrontación entre tradición y modernidad, la increíble curiosidad y vitalidad de Suárez le llevaron a indagar y a aceptar múltiples novedades totalmente contrarias a sus orígenes, como la defensa de la iatroquímica y de la experiencia en la práctica de la medicina; el elogio del saber anatómico y el interés por el quehacer quirúrgico; y, sobre todo, su veneración por la botánica, típico exponente del retorno a la Naturaleza característico de la Ilustración (Granjel 1967, p. 19). Sin embargo, también se hizo eco de muchos otros comportamientos, prácticas y remedios curativos más próximos a los charlatanes o a las brujas, que a los médicos y cirujanos. Esta figura, que en ningún caso puede pasar desapercibida, por esa actitud tan contradictoria, con su amplia erudición y su vastísima obra, sólo consiguió despertar entre sus colegas contemporáneos y posteriores odios encendidos, celos, envidias, que dieron lugar a algunas de las críticas más duras que se conocen en la historia de la medicina española, lo que quizá explique que su repertorio haya pasado con más pena que gloria por las manos de críticos e historiadores.

Centrándonos en el diccionario, de las 480 páginas que componen su primer volumen, 116 están ocupadas por la dedicatoria, las aprobaciones, elogios y poesías de rigor; una tabla para indicarle al editor dónde colocar las «estampas»; un prólogo al lector; un «prohemio», y la llamada *Clave Medico-Chirurgica universal*, en la que da consejos a sus colegas, habla de los grandes médicos de la antigüedad, cuenta casos de enfermedades, curaciones, etc. A lo largo de todo el volumen se intercalan además láminas y tablas explicativas de contenido diverso, particularmente dibujos de plantas.

Suárez inició la parte propiamente lexicográfica de la obra tratando de ofrecer definiciones cortas y claras de los distintos lemas; pero, a medida que avanzaba en ella, fue dejando de lado tal contención, mientras se perdía y embrollaba en todo tipo de disquisiciones... Frecuentemente aporta la *autoridad* de figuras importantes de la medicina para apoyar sus razonamientos: Celso, Galeno, Heister, Hipócrates, Paracelso, Paré, Plinio, etc. Introduce, de vez en cuando, entre los términos definidos, reflexiones personales destinadas a realizar el panegírico de algún autor o bien a ampliar o matizar las definiciones sobre problemas que le interesaban especialmente, como el uso de determinados medicamentos o plantas. En relación con este punto, aprovecha el diccionario para explayarse sobre los temas que, es sabido, le gustaban o le preocupaban más: es el caso del agua, de la que se ocupa en el primer volumen a lo largo de 42 páginas, en varias entradas; o el de la posibilidad de que exista o no ácido en la sangre, que le distrae durante 37 páginas.

Una peculiaridad de este repertorio es que, aunque las definiciones están siempre redactadas en castellano, los lemas son mixtos: castellano, latín, griego y árabe, pero también francés, inglés, alemán, italiano, portugués y catalán, lo que constituye un indicio de que el planteamiento de Suárez era, en buena medida, terminológico, es decir, relacionado con su preocupación por la proliferación de términos en otros idiomas que se quedaban sin equivalente en español. En la mayor parte de esas definiciones, hay una primera información acerca del dominio al que pertenece: cirugía, anatomía, botánica... por medio de expresiones como «para los anatómicos», «en la cirugía», etc. En cuanto a los términos incluidos, éstos proceden de áreas tan diversas como la química, instrumentos quirúrgicos, remedios curativos, zoología, botánica y hasta nombres propios de médicos y de traductores de obras médicas. De la contradictoria formación y personalidad de Suárez a que nos hemos referido, de su conocimiento del espagirismo y paracelsismo, que le valió tantas acusaciones de oscurantista y crédulo, quedan reflejos patentes en un diccionario, en el que se ofrecen entradas como *abarnahas*, *abissus*, *academia paracelsi*, *adal*, *adustio spargirica*, *alkali*, *ars segregatoria*, *azoth*, *cab*, *cachymia*, *cinnioglotus*, etc., marcadas por él como términos propios de estas concepciones.

Lo descrito para el primer volumen sirve también para el segundo, pero no para el tercero, en el que se detecta un cambio radical respecto a los dos anteriores; cambio que predice el abrupto final de la empresa: no suele citar a nadie, desaparecen las entradas con nombre propio y prolifera la inclusión de términos que carecen de relación con la medicina. Está dedicado, prácticamente en su totalidad, a nombres de plantas, así como a todo tipo de voces no médicas, como *bodoque*, *bondad*, *boquina*, *berrueco*, *balsa*, *babosa*, *cathedratico* o *cigarro*, por ejemplo. Finalmente, la inclusión de lemas en otras lenguas alcanza tal magnitud que es hasta difícil encontrar entradas en castellano...

* * *

Cualquiera que se acerque a este diccionario podrá comprobar no sólo que no está acabado, sino también sus grandes lagunas, sus notables tropiezos, el cambio negativo que se va produciendo a lo largo del texto... Pero cuando se somete al cotejo con otras obras próximas en el tiempo se puede constatar que, junto a sus defectos indudables —muchos de los cuáles no son sino hechos puramente técnicos, que no nos pueden ocultar lo razonablemente que estuvieron en inicio planteadas sus metas—, se dan también algunos logros tan importantes que son suficientes como para no afearlo ante otros repertorios lexicográficos del momento, tan ponderados en otras latitudes.

No cuesta mucho imaginarse la locura y el desbordamiento que debieron invadir a Suárez de Rivera cuando se puso de lleno a la tarea. Basta con que nos imaginemos a nosotros mismos, solos, sin ordenador ni ningún otro artefacto técnico, rodeados de libros, rellenando pequeñas fichas, para confeccionar nada más y nada menos que un diccionario de medi-

cina... Tras ese pequeño ejercicio, que nos ayudará sin duda a calibrar mejor el intento de Suárez, tratemos de contestar la siguiente pregunta, que nos permitirá despojarnos de cualquier atisbo de prepotencia a la hora de juzgarlo: ¿qué pensaría Suárez de la pobreza, en plena era virtual, de la lexicografía especializada en castellano y de que la mayoría de nuestros diccionarios médicos no sean más que meras —y, a menudo, malas— traducciones de los compuestos en otras lenguas?

Bibliografía

- Anónimo (s.a.): *Lecciones Physiologicas para instruccion de los alumnos del Real Colegio de Cirugia de Barcelona, Arregladas por sus maestros* [1781]. Barcelona: C. Gibért y Tutó [1781]. [El prontuario se encuentra en las páginas 9-66.]
- Castelli, B. (1598): *Lexicon medicum graeco-latinum, ex Hippocrates, et Galeno desumptum...* Messanae: P. Brae.
- Chinchilla Piqueras, A. (1841-1846): *Anales históricos de la Medicina en general y biográfico-bibliográficos de la española en particular*, 4 vols. Valencia: López y Cia, III, pp. 53-66.
- Déchambre, A. y L. Lereboullet (dirs.) (1864-1889): *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, 100 vols., París: Masson, pp. 84: 67.
- Granjel, L. S. (1967): *Francisco Suárez de Rivera, médico salmantino del siglo XVIII*. Salamanca: Seminario de Historia de la Medicina Española.
- Gutiérrez Rodilla, B. M. (1998): «Lo que pudo haber sido y no fue: Francisco Suárez de Rivera y la lexicografía médica moderna».
- En: *La Història dels llenguatges iberoromànics d'especialitat (segles XVII-XVIII): solucions per al present*. Barcelona: IULA, pp. 305-317.
- Gutiérrez Rodilla, B. M. (1999): *La constitución de la lexicografía médica moderna en España*. La Coruña: Toxo Soutos, pp. 24-31.
- Hernández Morejón, A. (1842-1852): *Historia bibliográfica de la medicina española*, 7 vols. Madrid: Viuda de Jordán e hijos, VI, pp. 402-411.
- James, R. (1743-1745): *A medicinal dictionary; including... chemistry, and botany... together with a history of drugs...* 3 vols. Londres: T. Osborne.
- James, R. (1746-1748): *Dictionnaire universel de médecine, de chirurgie, de chymie, de botanique, d'anatomie, de pharmacie et d'histoire naturelle, trad. de l'anglais de M. James, par Diderot, Eidous et Toussaint*. París: Briasson. [Corregido y aumentado por M. Julien Busson.]
- López Piñero, J. M. (dir.) (1983): *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*. 2 vols., Barcelona: Península, II, pp. 339-341.
- Suárez de Rivera, F. (1738): *Clave botánica o Medicina botánica, nueva y novísima*. Madrid: Manuel de Moya, pp. 67-69.
- Valverde, J. L. (1970): *La farmacia y las ciencias farmacéuticas en la obra de Suárez de Rivera*. Salamanca: Seminario de Historia de la Medicina Española.
- Villalba, J. de (s. a.): *Borrador del Diccionario de Hygiene y Economía rural veterinaria*. 177 fols. Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 13455.

